

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Porque Usted lo pidió



Un domingo en sol mayor. No hay escapatoria. Desde el sábado en la noche el llanto se esparce allá en Tenochtitlan:

en un lugar llamado Cuscatlán (lugar de mujeres livianas) las armas tenochcas se confundieron con el cieno y el fango al golpe de las mazas y las lanzas salvadoreñas. ¡Qué poca madre! Si hubiéramos sabido en qué plan tan displicente y tan desinteresado iban a estar, hubiese sido mucho mejor, no es por nada, enviar a los Pumas, campeones de México con tres o cuatro refuerzos de muy buena calidad y, por lo menos, la pasión y la garra hubieran estado garantizadas.

Los que hoy domingo tratamos de encontrar algún modo de consuelo, nos hemos topado con ese sol redondo y colorado que me persigue desde León y desde Querétaro y al que le basta con pegarnos en el lomo para obligarnos a hacernos bolita, cual cochinillas, para defendernos de su rigor. Es una lástima que mi amigo El Marce no haya construido alguna fuente por aquí. Ya estaría en ella chacualoteando

y somormujando en sus aguas sin más atuendo que esta piel luminosa y nacarada que me otorgó la mismísima Xochiquétzal.

El asunto es que estoy abroquelado aquí en mi fresca mansión de piedra y flores y veo con terror que no hay nada que me apetezca contar en esta columna.

A menos que le haga yo caso a mis cibercorresponsales y cumpla las varias peticiones que por ese medio me han hecho para que cuente mi cena en Querétaro que representó para mí otra de las muchas y sonadas derrotas que he experimentado por cuenta de la Nouvelle Cuisine, en este caso: la Nouvelle Cuisine Queretaïne. Todo ocurrió en un lugar que no está abierto al público, pues no es cosa de que se les cuele un gandul que pida tacos de suadero o nakada similar. Para asistir a este templo gastronómico hay que hablar por teléfono y reservar alguno de los escasos lugares que hay en ese sitio. De hecho, la noche que nosotros fuimos después de la fragorosa función teatral, resultamos ser los únicos clientes del lugar. ¡Qué dicha! El lugar lo atienden varias jovencitas tilicas de porte "mono", pero sin materia para la tentación porque nomás no tienen dónde pudiera uno afianzar el agarrón. Ellas nos acomodaron en torno a un largo y delgado tablón como de monasterio o institución carcelaria. Ahí nos dejaron de a perrote como diez minutos. Luego hizo su solemne entrada la suma sacerdotisa a quien le bastó echarnos una mirada para concluir que estaba frente a un hatajo de mulas. No se inmutó. Se arrancó

con una memorizada historia que abarcaba desde la alimentación paleolítica hasta la fundación de Querétaro y el surgimiento del novendoso restorán que esa noche nos acogía. Pasando a cosas más sustanciosas, nos informó que el "menú de degustación" que esa noche disfrutáramos (afirmación aventurada) constaba de nueve tiempos. ¡No manchen!, yo no me trago nueve platos de nada. La sacerdotisa de inmediato nos explicó que eran nueve porciones muy pequeñas de distintas exquisiteces. De cada cosa, le expliqué a mi vecino de tablón, te dan una pinche mirruña que ni para el arranque. La sacerdotisa todavía peroró otros quince minutos y luego se retiró para que comenzara el festín que constaba de suculencias tales como carne molida al estragón con cubierta de miel griega y destellos de canela selvática. ¡Putá madre! (es un decir), nos tuvimos que zumar nueve prodigios similares. Como todo lo preparaba el chef, entre platillo y platillo teníamos que esperar como 20 minutos. Fue como estar en el infierno. Al final ya nada más nos reíamos. Por fin salimos de ese antro. Ya con las tilicas a distancia, una voz varonil preguntó: ¿qué hacemos?. Otra voz más varonil respondió: vamos a los tacos. Final feliz.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDLXVII (1567)

MONTIEL con Peña Nieto.

